

# El último refugio de Pancho VILLA



Guadalupe Villa Guerrero

La hacienda de Canutillo fue el lugar donde el general Francisco Villa pasó sus últimos años. Este retiro le significó el abandono de la vida política. Sin embargo, fue el espacio donde el líder revolucionario pudo emprender un proyecto de trabajo y educación para sus hijos y para todos quienes trabajaron con él hasta su muerte.

El 20 de julio de 1923, Francisco Villa cayó víctima de una emboscada en Parral, Chihuahua. Tan sólo tres años habían transcurrido desde que el ingeniero Elías Torres –intermediario entre el gobierno de Adolfo de la Huerta y Villa– había logrado concertar el armisticio con éste y obtenido para él la hacienda del Canutillo.

El predio de la Concepción del Canutillo, comprado por Villa al gobierno federal, estaba integrado por la hacienda del mismo nombre, así como los ranchos de Nieves, Espíritu Santo, Vía Excusada o Almanza y San Antonio, que en conjunto formaban un solo predio ubicado en el partido de Indé, estado de Durango. Además incluía el rancho Ojo Blanco, ubicado en el distrito Hidalgo, Chihuahua. La propiedad tenía una extensión aproximada de ochenta y siete mil hectáreas, cruzadas de norte a sur por el río del Canutillo y regadas por el río Florido y otras corrientes de menor importancia.

Cuando Villa llegó, la hacienda estaba completamente en ruinas y mostraba un triste aspecto. Podían verse aún las huellas de un reñido combate registrado allí no hacía mucho tiempo; el pasto había crecido tanto que junto con los árboles y el desorden en que estaban colocados presentaban el aspecto de un panteón abandonado. Sólo la capilla permanecía enhiesta en aquella soledad.

Durante los primeros días en Canutillo, Villa y parte de su familia se alojaron en la iglesia, donde aún podía apreciarse, en su nicho, al patrono san Isidro Labrador. El altar conservaba sólo parte de sus ornamentos, y los confesionarios lucían



sucios, polvorientos y cubiertos de telarañas. La nave estaba dividida en bodegas, tienda y cuartos de herramienta, por ser lo único que estaba techado y con puertas. Luz Corral cuenta en su libro *Pancho Villa en la intimidad* (1977) que:

De noche, cuando uno quisiera que reinara el silencio más absoluto para entregarse al descanso, allí se nos espantaba el sueño, al sentir que nos rozaban con sus alas los murciélagos que formaban verdaderas parvadas en el interior del templo. A esto había que agregar la enorme cantidad de ratas que formaban tropes como duendes de leyenda, interrumpiéndonos el sueño los gritos de Agustín y Micaela [hijos del general] que despertaban espantados. Había momentos en que era tal el horror que sentía a la vista de aquellos animales, que pensaba en que Pancho pudiera radicarse en otra parte mientras se construían nuestras habitaciones; pero luego sentía una especie de reproche, algo como un remordimiento: ¿por qué no había de compartir con mi marido aquellas incomodidades, ya que tanto tiempo había estado él en medio de los peligros?

Con su energía característica, Villa comenzó la reconstrucción de Canutillo; en unos cuantos días las presas fueron desazolvadas, quedando listas y en funcionamiento para irrigar aquellas inmensas llanuras desoladas que, de inmediato, fueron sembradas y convertidas en campos cerealeros.

### Añoranzas de una vida familiar

Después de organizar la hacienda, ansioso de recuperar el tiempo perdido, o tal vez por un presentimiento que le inducía a apurar la corta cuota de felicidad hogareña que le deparaba el destino, Villa emprendió la tarea de reunir a sus hijos a fin de atender a sus cuidados y educación. En Ciudad Guerrero, Chihuahua, recogió a Octavio, hijo de Guadalupe Coss; después llegó a Canutillo Juana

María, cuya madre, Juana Torres, había fallecido en Guadalajara; luego se incorporó Celia, huérfana también desde muy pequeña, hija de Librada Peña. Todos ellos se sumaron a Micaela, hija de Petra Espinosa, y Agustín, hijo de Asunción Villaescusa, quienes, como se ha señalado, llegaron con Villa en 1920.

Pero a Canutillo también llegaron otras mujeres del general. Tal fue el caso de Soledad Seáñez, quien afirmó haber arribado el 12 de diciembre de 1920 con su pequeño hijo Antonio, de tan sólo ocho meses de edad; y que su esposo, Villa, la condujo a la casa que había construido para ella en Canutillo, en la calle de La Soledad, nombrada así en su honor. Chole –como le decían–, tuvo tres niños bajo su cuidado: su hijo Antonio, Miguel (hijo de Dominga Barraza) y Micaela. Miguel también fue como hijo propio, ya que ella misma lo amamantó, pues era sólo un mes más chico que Toñito.

Luz Corral refiere que a los seis meses de estar establecida en Canutillo llegó a la hacienda una mujer llamada Austreberta Rentería. Villa la condujo a su presencia diciéndole: “aquí tienes esta muchachita para que te ayude a coser”; y sigue contando: “yo no había podido habituarme [...] a sobrellevar aquella vida tan llena de sinsabores, pero en la que me había propuesto, con mis atenciones y mi cariño, hacerle dulces las horas de aquel destierro a mi marido y compensarlo de sus grandes fatigas, [...] pero vino a nuestro lado una mujer que echó por tierra



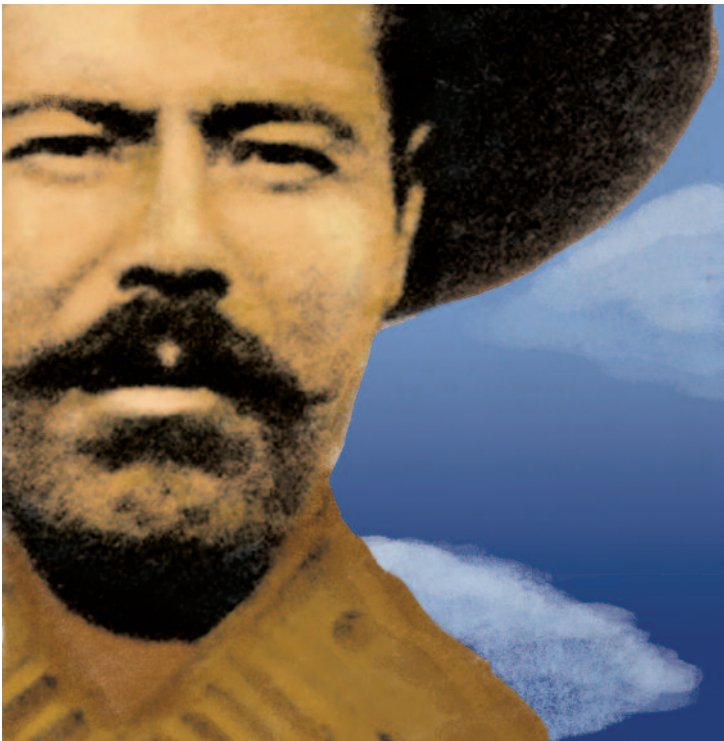
Figura 1. Villa con Luz Corral. Col. familia Villa.

todos mis proyectos”. Con Austreberta, Villa concibió dos hijos: Francisco e Hipólito, este último nacido cuando el general ya había muerto. Luz permaneció en Canutillo hasta 1922.

Una de las prioridades del general fue la instrucción de los niños, así que al principio, mientras se construía la escuela de Canutillo, contrató a la maestra Magdalena Bueno para que se hiciera cargo de su educación. Diversos testigos señalan que era frecuente ver al general acompañado de sus hijos y coinciden en que, no obstante tener reglas estrictas, Villa era un padre amoroso.

El general valoraba en mucho la educación, por lo que solicitó al gobierno profesores normalistas y exigió que cada niño en el rancho asistiera a la escuela. Sin duda su mayor orgullo fue el plantel *Felipe Ángeles*, dirigido por el profesor Jesús Coello Avendaño y atendido por los maestros José Oviedo, Faustino Celaya y Pedro Bastida, sustituidos después por Alfonso de Gortari Pérez, Salvador Varela Reséndiz y Rodolfo Rodríguez Escalera, entre otros.

De acuerdo con el profesor Coello, aquella fue la primera “escuela de concentración” que se estableció, llamada así porque los niños que vivían en los alrededores se reconcentraban en la hacienda y se distribuían en las casas de los demás compañeros para vivir ahí cinco días a la semana. A todos esos niños se les proporcionaba alimento, vestido y calzado, incluidos



los hijos del general. Al plantel educativo asistían tanto hijos de campesinos como de antiguos revolucionarios y niños de lugares aledaños. Por supuesto la educación era gratuita, y también había clases nocturnas para instruir a los adultos que lo desearan.

El salario de los maestros corrió a cargo del gobierno de la República: el director ganaba doce pesos diarios y los maestros recibían diez. Éstas eran sumas muy apreciables, si tomamos en cuenta que la hacienda les proporcionaba casa habitación, comida, lavado de ropa, armas para cazar, etcétera. Los profesores recuerdan que llegaron a tener mucho dinero, ya que como no salían de la hacienda, no tenían gastos. A veces los profesores se trasladaban a la ciudad de México en plan de vacaciones, y entonces Villa les daba de su peculio algo más, considerando que la capital del país era “un rancho grande”.

Villa acostumbraba visitar casi todos los días, aunque fuera un cuarto de hora, a cada profesor, para ver lo que estaban enseñando, y decía: “tengo cifradas mis esperanzas en mis hijos, así que vayan terminando sus estudios preparatorios, quiero mandarlos a los mejores colegios de Francia, España o Alemania”.

Jesús Coello mencionó que, cuando llegó a la hacienda, Villa le advirtió:

[...] mire, aquí en Canutillo no se pierde nada, porque al que roba alguna cosa, lo fusilo. Persigo el vino porque mis hermanitos de raza, tan mal alimentados y tan poco responsables, cuando reciben su raya se van a la cantina y a su casa no llevan nada; así que los niños hijos de mexicanos no tienen la oportunidad de educarse, por falta de responsabilidad del padre [...] a grado tal, que al que sorprenda vendiendo sotol, lo fusilo [...]

De acuerdo al testimonio de un periodista, tenía seis grandes salones de clases, tres para niños y el resto para las niñas; estaban arreglados “como lo puede estar el mejor de la república”.



**Figura 2.** Villa en 1920 con el general Eugenio Martínez, durante las negociaciones de paz con el gobierno de Adolfo de la Huerta.

Convencido de que nunca se había dado la debida atención al problema educativo del país, Villa sabía, por la prensa, que los profesores “morían de hambre” porque no les pagaban, pero en cambio muchos militares estaban ricos, viviendo del presupuesto. En Canutillo había logrado que alumnos y profesores estuvieran contentos, proporcionándoles a los primeros todo lo necesario para instruirse; y a los segundos respeto y pagos puntuales: “yo prefiero pagar primero un maestro y después un general, todo se puede hacer cuando se tiene voluntad, [...] así, cuando yo muera, estos muchachos que ahora estudian aquí, cuando sean grandes y gente ilustrada, tendrán un buen recuerdo [de mí]”, expresó al periodista de *El Universal*, Regino Hernández Llergo. Villa confesó que desde que estaba en Canutillo estudiaba unas cuantas horas. Uno de los maestros señaló que al general le gustaba leer las bio-

grafías de grandes guerreros como Alejandro el Grande y Napoleón Bonaparte.

### La reconstrucción y el funcionamiento de Canutillo

El hecho de que el gobierno hubiera confinado a Villa en Canutillo, lejos de reducirlo al anonimato, suscitó una gran curiosidad para el público: todos los ojos estaban pendientes de sus actividades, y muchos estaban deseosos de ver de cerca la nueva vida del ex guerrillero. Parecía increíble que estuviera convertido en agricultor y que, al parecer, hubiera cambiado las armas por los instrumentos de labranza. En esta época, diversos periodistas y cineastas visitaron al general con la esperanza de obtener entrevistas o contratos para que actuara en películas estadounidenses.

Carl A. Beers representante de la compañía W. G. Roe de El Paso, Texas, llegó a Canutillo en septiembre de 1921, esperando lograr un buen contrato. Este vendedor de maquinaria agrícola estaba al tanto de que Villa había invertido en caminos, nuevas



**Figura 3.** En 1920, rodeado de algunos de sus principales colaboradores, de izquierda a derecha: Ricardo Michel, Miguel Trillo, Nicolás Fernández y Sóstenes Garza.

construcciones y maquinaria, y que apreciaba la eficiencia de la moderna tecnología, por lo que deseaba adquirir tanta de ella como le fuera posible. Advirtió que el general quería poseer a manera de mascota, “cual si fuera uno de sus caballos favoritos”, un pequeño tractor. El agente no ocultó su admiración al ver los logros alcanzados por Villa como agricultor.

Otro de los aspectos que Beers destacó fue el orgullo de Villa por la escuela de Canutillo. Cuando preguntó a Villa cual sería la solución para los problemas de México, éste le contestó: “trabajo y educación”.

De hecho, Canutillo se convirtió en un pequeño pueblo con su propia forma de gobierno y organización; había correo, telégrafo, carpintería, zapatería, sastrería, herrería, tienda, molino, talabartería y planta de luz.

Los mecánicos atendían el mantenimiento de infinidad de implementos agrícolas; los talabarteros asistían la conservación de monturas y arneses del semoviente agrícola. Los herreros fabricaban piezas para la reparación de maquinaria y, sobre todo, hacían las herraduras para los caballos. El general Villa se preocupaba de que los animales las tuvieran siempre en buen

estado, para que no se les echara a perder el casco. Eustaquio, hijo del general Nicolás Fernández, señaló que Villa tenía catorce caballos anglo-árabes de registro, finísimos, que eran cuidados como si fueran niños:

Había caballos que solamente se dejaban montar por él, [...] los caballos eran de muy grande alzada, de muchísima resistencia, el general pesaba como unos cien, ciento diez kilos, más el equipo que lo acompañaba, como era la montura, armas y espuelas, pues le daban un peso de ciento cuarenta, ciento cincuenta kilos; sin embargo, cuando iba a cortar (separar) ganado para vender en grande escala, ya fuera vacuno o equino, se tenía que mover muy rápidamente en su caballo y le aguantaba la corrida todo el día [...] y el movimiento era trote y galope, trote y galope.

La existencia de ganado menor en Canutillo parece haber sido mayoritariamente para el

autoconsumo. Pablo Méndez, cocinero de Villa, recuerda que el general se acostaba a más tardar a las diez de la noche, porque se levantaba a las cuatro de la mañana. Para el desayuno le preparaba menudo, carne seca y atole blanco; la comida era a las tres de la tarde. Su platillo favorito era el caldo de res. Por las noches solamente tomaba atole blanco y nada más. Era muy escrupuloso en la comida, aunque en la mesa nunca lo dominó el enojo cuando encontraba algo que no le gustara. El general no admitía que si había una hora señalada para comer, la gente fuera a comer después o quisieran comer antes.

Villa no perdía oportunidad de presumir sus logros en Canutillo. Tenía un local acondicionado para establecer un expendio de carnes, y un molino de nixtamal que había mandado instalar para que las mujeres no perdieran tiempo en el metate. Y para que no arraigara la

costumbre de recibir todo gratis, puso como condición que pagaran tres centavos o en su defecto una pieza de huevo.

Además de la reconstrucción, Villa cuidaba de que la hacienda se mantuviera ordenada y limpia, ya que no toleraba que hubiera basura esparcida: "mi pueblo es muy sucio, señores [...] y hay que irlos acostumbrando a que sean aseados. Es muy preciso quitarles los malos hábitos, para que después los gringos no nos digan mugrosos [...], ¿no les parece señores? Yo soy agricultor, ingeniero, carpintero, mecánico, hasta albañil. Si todos los mexicanos fueran otros Franciscos Villa, otra cosa sería de mi patria, de mi raza [...] a mí sólo me faltó cultura". El hogar que Villa estaba edificando con tanto ahínco habría de disfrutarlo por escasos tres años, antes de que la traición cortara su existencia.

#### Villa frente a la opinión pública

Entre las muchas personas que visitaron a Villa en su último refugio, sin duda la entrevista de Regino Hernández Llergo, publicada en *El Universal*, el 15 de junio de 1922, fue la que despertó mayores expectativas entre la clase política



Figura 4. Villa en Canutillo, inspeccionando una trilladora. Col. familia Villa.

nacional, sobre todo por el acento que Villa puso a sus propias declaraciones.

La primera cita con Villa fue en su casa de Parral. Verlo le causó un gran impacto: lo encontró alto, fornido y renqueando, con una mirada “fuerte, penetrante, espantosa, de aquellas que obligaban a cualquiera a bajar la vista”.

Las condiciones puestas por Villa para recibir a los enviados del periódico fueron básicamente dos: no hablar de política, ni de nada relacionado con los hombres del gobierno, ya que por esos días los periódicos insistían en que Villa tenía ambiciones políticas, deseando lanzar su candidatura para el gobierno de Durango.

Los reporteros de *El Universal* fueron invitados a Canutillo por quince o veinte días, que de acuerdo al general apenas alcanzarían para que se dieran cuenta de todo. Tras su llegada, los periodistas fueron invitados a cenar. El general Villa dijo, satisfecho, que todo lo que estaban comiendo y bebiendo eran productos de la hacienda.

Después de la cena, el general fue el primero en levantarse, abrió la puerta del comedor y cedió el paso a sus invitados.



Figura 5. En la tranquilidad del hogar. Col. familia Villa.

Hernández Llergo, en señal de respeto, invitó al general a salir primero, lo cual rehusó. El periodista relata que no insistió, porque sabía que al general Villa no le gustaba tener a nadie a sus espaldas.

No obstante haber condicionado la visita de aquellos a no hablar de política, una tarde Villa se sintió inclinado a hacer declaraciones de sobremesa expresando que de diversas partes de la República y de muchos distritos de Durango le habían enviado cartas y comisiones ofreciéndole apoyo para la candidatura al gobierno de Durango, y solicitándole permiso para trabajar en su favor.

En otra ocasión, también durante la sobremesa (al parecer el comedor era el sitio preferido por Villa para platicar), comentó en una ocasión que podría movilizar cuarenta mil hombres en cuarenta minutos. “He tenido a mi mando, señores, más de sesenta mil hombres en la División del Norte, y muy bien organizados, señor.” A la pregunta que hicieran los periodistas sobre el número de peones ocupados en la hacienda, el general señaló que en Canutillo no había peones, que todos eran medieros: “hay, contando con los ranchos que pertenecen a Canutillo, mil ochocientos hombres, todos armados, con armas nuevecitas, y parque suficiente. ¡Ya ve usted señor, todos están silencitos!”.

Otro aspecto de interés para Regino Hernández Llergo y sus acompañantes fue tratar de indagar la opinión del general sobre los resultados del Concurso de Exploración Nacional realizado por *El Universal*, relativos a los comicios electorales próximos a celebrarse. La encuesta ponía en primer lugar a Adolfo de la Huerta, después a Plutarco Elías Calles y, finalmente, al ingeniero Palavicini. Villa respondió que eran tres políticos distintos: “Fito —como le decía a De la Huerta— es muy buen hombre, y los defectos que tiene son debidos a su bondad excesiva. Fito es un político que le gusta conciliar los intereses de todos, y el que logra esto, hace un gran bien a su patria. Fito





es muy buena persona, muy inteligente y no se vería mal en la presidencia de la República.” Respecto a Calles, dijo que tenía muchas buenas cualidades, pero también algunos defectos; pero sobre todo, el general Villa no compartía el punto de vista político de Calles de querer resolver el problema obrero a base de radicalismo. Cuando tocó el turno de comentar sobre el porcentaje de votos alcanzado por Villa en la encuesta —entre seis y siete mil votos—, el general respondió: “y yo tendría más votos, pero hay miles de mexicanos partidarios míos que están silenciosos, porque saben que yo estoy alejado de la política. Ellos esperan nomás que les autorice para entrar en las elecciones y aplastar a los demás, pero eso no será. Yo sé muy bien que soy inculto; hay que dejar eso para los que estén mejor preparados”.

Finalmente, el periodista resumió sus opiniones sobre Villa:

Desde luego se observa que el general Villa vive con casa humilde, muebles sencillos y ropa sin alardes ni ostentaciones. Que hace una existencia familiar [...] rodeado de sus hijos. Que es hospitalario y cor-

dial, y que conociendo su rusticidad, y su falta de preparación cultural, la suple con una perfecta dedicación a sus labores agrícolas, mientras aprende el inglés y perfecciona sus conocimientos en la lengua nacional. Que no tiene ninguna inquietud política y que, como todo buen mexicano, ansía una paz permanente para México. Es un libre pensador, es decir, un liberal que no ataca ninguna religión y respeta las creencias de todos. Es partidario de que a cada uno le corresponda en el bienestar de la vida lo que esté en relación con sus propias aptitudes y méritos, y no admite un igualitarismo descabellado que mida a todos por igual rasero. En su gran propiedad actual no admite licores, nunca usa él mismo bebidas embriagantes y no se las permite a los demás. No fuma, no es jugador y los días transcurren para él iniciando su trabajo a las cuatro de la mañana hasta que se pone el sol, para encerrarse después en su biblioteca, donde cultiva su espíritu. Después de todo lo que se ha dicho del general Francisco Villa, la realidad que nosotros hemos descrito fielmente demostrará a la República que no hay que desesperar respecto al porvenir de un país que tiene hombres, que después de una larga y azarosa vida de combate, pueden colgar el fusil y requerir el arado para que la tierra, antes ensangrentada y estéril, se convierta en fecunda y productiva.

Los sondeos de Hernández Llergo y las declaraciones de Villa han sido considerados como la verdadera raíz y razón de su asesinato. Obviamente la correspondencia entre Villa y Obregón permite ver que las relaciones entre ambos eran cordiales; sin embargo, las cartas muestran un trato diplomático que distaba mucho de ser sincero.

### **Villa y Obregón, una relación epistolar**

La mutua animadversión entre Obregón y Villa se remontaba a la época en que éste había amenazado con fusilarlo en la ciudad de Chihuahua; por otra parte, había sido una granada villista la que dejó manco al sonorenses. Asimismo, vale subrayar que Obregón se manifestó abiertamente en el sentido de no pactar con Villa la unificación al Plan de Agua Prieta; sin embargo, forzado o convencido por el presidente Adolfo de la Huerta de que el armisticio era la mejor manera de prevenir un nuevo alzamiento, decidió confinar a Villa en Canutillo y restringir sus desplazamientos.

No obstante las trabas que Álvaro Obregón —primero como secretario de Guerra y luego como presidente de la República— se empeñó en poner a Villa para mantenerlo aislado, éste se las arregló para no permanecer inconexo con su entorno, lo que le permitió ampliar y mantener las bases sociales que en una futu-

ra contienda electoral, propia o ajena, lo apoyarían. De ahí que Obregón tratara de mantenerlo alejado de toda actividad que pudiera ser proselitista. En este sentido, uno de los ejemplos más claros lo proporciona la siguiente carta, enviada por Villa al presidente de la República, donde le manifestaba que:

Pude darme cuenta de las condiciones difíciles por que actualmente atraviesa el proletariado en la región lagunera debido a la falta de trabajos, condición que tiende a empeorar por la carencia de agua este año, que impidió regar las tierras, habiéndose perdido ya la esperanza de toda cosecha. Ya que de agricultores se trata, y en ese ramo estoy actualmente comprendido, he querido ayudar en mi esfera de acción a los compañeros de La Laguna, y con tal fin convoqué a una junta de agricultores en Torreón, a fin de discutir la mejor manera de aliviar esos males, o ver de solucionar la situación. Inspirado en la mejor buena fe y con la más sana intención, y con el objeto único de aliviar los males del que sufre, propuse a los señores agricultores la inmediata apertura de trabajos, realizando obras de irrigación, con el fin de ocupar el mayor número de braceros posible, pagándoles como cuota mínima un peso en lugar de 75 centavos que perciben actualmente, evitando así que buenos campesinos, al verse sin trabajo, se pudieran dedicar a cometer actos de pillaje para tomar alimentos de donde los hubiera.

La respuesta de Obregón fue que ya se encargaría él de solucionar el problema y le daba las gracias por su intervención.

El hecho de que se diera a la publicidad que Villa tenía ambiciones políticas propias alertó a los hombres del gobierno,



**Figura 6.** Retrato de familia. De izquierda a derecha: Octavio, Juana María; detrás de ellos Micaela, el general con Francisco en brazos, Austreberta Rentería, Celia y Agustín. Col. familia Villa.

en el sentido de que éste podría influir en las elecciones que se avecinaban (en 1924). Si a esto sumamos la hostilidad que guardaban tenaces adversarios, agraviados por pasadas acciones de Villa, y se añade la traición de antiguos correligionarios suyos, podemos entender la rapidez con que se fraguó el complot para eliminarlo. El confinamiento en Canutillo puede analizarse desde distintos puntos de vista, pero lo que derivó de ello fue el temor que Villa aún inspiraba en sus antiguos enemigos.

**Guadalupe Villa Guerrero** es licenciada, maestra y doctora en Historia por la Universidad Nacional Autónoma de México. Tiene una amplia trayectoria en investigación en el Instituto Nacional de Antropología e Historia y en el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, donde actualmente está adscrita al proyecto "Estudios de Historia Urbana y Regional". Ha participado en la conformación de diversos museos, entre los que se encuentra el Museo de la Revolución en el estado de Chihuahua (Antigua casa de Villa). Entre sus publicaciones destacan: *Pancho Villa, retrato autobiográfico 1894-1914*; *Con Villa (1916-1920). Memorias de campaña de José María Jaurrieta*; *Charlas de café con... Francisco Villa*; "El general Felipe Ángeles", en *El Libro Rojo 1868-1928*; *¡Apaches!* (libro juvenil); *Chihuahua, una historia compartida 1824-1921* (coautoría); y *Durango, una historia compartida 1824-1921* (coautoría).

guadalupevilla470@hotmail.com